

Un largo y frío invierno en Finlandia

por Juha Tantt

Deambulo por las calles de Helsinki. Siento aspereza en la nariz, el peso de la escarcha en las pestañas.

Es invierno y hace frío. A pesar de todo, trato de caminar un poco cada día. En invierno la ciudad es muy distinta y tengo ganas de conocerla.

En una esquina compruebo cuánta verdad contiene el viejo proverbio: «Lo más divertido del trabajo es mirar cómo lo hacen otros». Con el cuello del abrigo subido, me paro en la esquina a contemplar cómo unos hombres quitan la nieve. Un tractor con su conductor y un ayudante. El tractor levanta la nieve con la pala mecánica y el ayudante completa la limpieza de la calzada con una pala manual. La estampa ha cambiado mucho: de niño solía detenerme a contemplar cómo unos hombres, sólo con sus manos y algunas palas, sacaban la nieve y la amontonaban sobre trineos arrastrados por caballos. Era mejor no acercarse demasiado a los caballos. Me daban pena; el pesado trineo casi no podía moverse sobre el asfalto, tan limpio como lo habían dejado.

Los días de mucho frío son mejores que los de deshielo. El deshielo significa aguanieve. La gente lleva chanclos, y faldas y pantalones quedan empapados por las salpicaduras de los coches.

El deshielo deprime más que la época del frío. El frío no plantea más problemas que escoger bien las prendas de abrigo y ponerse la gorra de pieles. Y hay que relajarse. Se tiene más frío si el cuerpo está en tensión, tiembla y el cuello se contrae entre los hombros. Al que sabe relajarse, hasta le vienen ganas de reír.

Como en todas las ciudades, también aquí resulta divertido observar a la gente. Veo a un hombre que va sin abrigo, a pesar de este frío. Todo el mundo le conoce; es un empleado de banco, muy tacaño pero muy rico. Procura ahorrar en todo momento y lugar. Si aprieta el frío, anda más de prisa y agita más los brazos. De vez en cuando entra en algún comercio de autoservicio, da unas vueltas en torno a las estanterías llenas de mercancías y ya no tiene frío. Pero comprar, lo que se dice comprar, no compra nada. A mí me atraen las librerías. Muchas veces pienso en lo afortunadas que son las gentes de Helsinki, con tantas librerías grandes a su alcance. Pasear entre los aparadores de libros siempre tiene su aliciente: un nuevo libro, el encuentro con un antiguo amigo, alguien que te recomienda una obra. Sobre los aparadores las últimas novedades en artes gráficas. Todo el abigarramiento del mundo, sus alegrías y sus problemas.

Cuando era escolar me iba a leer a las librerías: novelas de suspense y revistas malas. El librero, circunspecto, nunca me echaba. También ahora leo algún párrafo



Otoño en Kaivopuisto.

y hojeo los libros, pero casi siempre salgo con un paquete bajo el brazo. La ventaja y la servidumbre de poder comprar a cuenta. Pero tengo la sensación de poder enterarme de cuanto pasa en el mundo, de poder comprarme el mundo y llevármelo a casa, para una vez allí darme cuenta de lo que todavía me falta por comprar.

En el centro de la ciudad aún se conservan varios cines grandes. La televisión no ha podido exterminarlos del todo. Algunos días, al atardecer, se forman largas colas negras ante sus puertas. Cinematográficamente hablando, Helsinki es una ciudad estupenda.

Las nuevas películas llegan aquí al tiempo que a Londres, París, Nueva York;

incluso antes. Las grandes películas norteamericanas están en su momento, técnicamente perfectas, un buen pasatiempo que agota las localidades: Bullitt, Thomas Crown Story, Rosemary's Baby, The Graduate. Cada película de Truffaut se recibe con emocionada expectación; el estreno de «Besos robados» llena la sala de aficionados al buen cine. Belle de jour, de Buñuel, se proyecta en Helsinki hace más de dos meses. Por otra parte, los innumerables cine-clubs de la ciudad ofrecen cine clásico y de arte y ensayo; también se puede asistir a las sesiones de la Cinemateca.

La gente se aglomera en las esquinas. El flujo de los transeúntes es más lento que antes. Recuerdo el nuevo reglamento

de tráfico: ante una luz roja el peatón debe esperar, so pena de multa, hasta que aparezca la luz verde. Los automovilistas han salido ganando. Antaño la gente cruzaba ante los vehículos en el último segundo, con riesgo de sus vidas. Antes todos deseaban ser independientes, hacer caso omiso de las reglas. Sin duda, la nueva reglamentación ya está bien instalada; a nadie agrada oír la advertencia de un guardia o recibir la papeleta de multa.

Por supuesto, no han faltado protestas.

La asociación de peatones «La mayoría» grita que han arrebatado los últimos derechos del peatón. Los coches se tragan la ciudad. Son muchos los que así piensan al ver cómo se destrozan los parques de Helsinki para obtener una nueva autopista, cómo los aparcamientos absorben los lugares de recreo y cómo las hermosas plazas se cubren con unas cajas de hojalata. En las horas punta molesta el olor de los gases del tubo de escape. En invierno, debido al frío, los automovilistas ponen en marcha sus coches al ralenti; pero saben que pronto una nueva ley limitará esta posibilidad.

Una pareja de jóvenes empieza a cruzar la calle pese a la señal de prohibición (un hombrecillo luminoso en color rojo). Ya en el centro de la calzada, advierten la aparición de un coche de policía en la esquina; se asustan, pero es tarde para

retroceder. En dos zancadas terminan de cruzar. El coche patrulla frena junto a ellos, y el policía les guiña el ojo desde la ventanilla.

En el futuro, la policía se verá sometida a duras pruebas, incluso aquí. Hace unos días los escolares se manifestaron; exigen más democracia en las escuelas, menos mentalidad punitiva. También hay fermentación en el mundo estudiantil; las olas del loco 1968 han llegado hasta la Universidad de Helsinki; también aquí se habla — en la prensa estudiantil, en los cafés y reuniones de estudiantes — de Marcuse, Mao y Marx. E incluso los profesores menos fanáticos opinan que realmente caben mejoras en la situación de los estudiantes, que convendría aumentar la eficacia de la comunicación entre la dirección de la Universidad y los estudiantes.

Un hombre viejo y andrajoso sale por la puerta del establecimiento de venta de bebidas alcohólicas, monopolio del Estado. No hay muchos «clochards» en Helsinki, pero tampoco se puede eludir el problema que representan. El crudo invierno les hace la vida más difícil; de vez en cuando estos alcohólicos sin alojamiento, aparecen bajo los puentes, muertos de frío. A menudo se trata de personas sin trabajo o de presos recién puestos en libertad que han topado con la hostilidad de la sociedad. Se hace algo para buscar-



La afición al esquí.

Lagos de Häme.





Los rompehielos han abierto el paso a la navegación.



El gran atleta finlandés Paavo Nurmi, representado en esta escultura frente al estadio olímpico.



Lámparas en la entrada de la estación central de Helsinki.

les alojamiento y procurarles alimentación. Justamente han sido los estudiantes quienes más han clamado en su favor.

En el país hay bastante paro forzoso pero en la capital apenas se advierte. Más bien parece que la gente ande bien de dinero. En las tiendas parece como si el público comprase fanáticamente, sólo por comprar, sólo por formar parte del cuadro de prosperidad económica escandinava. Personalmente no tengo nada que objetar contra el empleo del dinero en ropa elegante. El ambiente visual es muy importante. Por fin el finlandés se ha liberado

de su timidez; no se viste ya sólo a base de negro y gris, el color ha penetrado en su vestuario. Es un alivio en esos días en que la primavera todavía parece lejana...

La moda no sólo se impone en el vestir. Otra moda actual es el esquí. Tenemos buena tradición como esquiadores, pero se va modificando. Antes la gente iba a esquiar a los bosques en busca de la alegría del cansancio físico. Ahora se forman centros de deportes invernales en las zonas rurales y por muy pequeñas que sean las cuestas, se marcan pistas de des-

censo y slalom. Cada vez con más frecuencia se ven esquís especiales de slalom en los portaequipajes de los coches.

— ¿Has practicado esquí? — pregunto a cualquier conocido que encuentre (Helsinki es una ciudad pequeña y siempre uno se encuentra conocidos).

— No desde que salí del servicio militar. Allí tuve que esquiar cada día.

Estas palabras corresponden a alguien que realmente admite no practicar el esquí, pero añade que tiene intención de pasar sus vacaciones de invierno en Austria:

— Allí hay buenas escuelas de esquí y pienso practicar el descenso, me gusta.

La idea de vacaciones invernales es relativamente nueva. Según los médicos y psiquiatras, las vacaciones de invierno son más importantes que las de verano, sobre todo en nuestro clima. La red de vuelos Charter entre España y Escandinavia está muy concurrida. Prácticamente todo el mundo puede permitirse el lujo de pasar un fin de semana en Mallorca. Se va allí a absorber mucho sol y vino, volver a casa, comentar las experiencias y empezar el trabajo diario con un poco más de ánimos.

¿Fantástico? ¿Magnífico? Desde luego, pero aún podría ser mejor. Raras veces el turista corriente sabe español, ni siquiera inglés. Raras veces llega a entrar en contacto con los habitantes del país visitado. Recuerdo la manifestación de los escolares; cuentan con mi adhesión mental. En mi pancarta pintaría un slogan en favor de una enseñanza más eficaz de los idiomas.

También opino que nada se perdería si en los programas de TV se incluyera una enseñanza directa. Por ahora, la TV dedica grandes esfuerzos para activar las conversaciones y la participación del público, con cierta amenidad; enseñar no enseña nada, excepto lo que aprendemos a través de las noticias: que en el mundo hay hambre y violencia.

En esta ciudad las distancias son pequeñas. Pero las que nos separan del mundo son largas, pese a la TV y a los aviones a reacción. El finlandés vive lejos de todo, por lo menos él lo cree así. África, India, América del Sur, le tienen sin cuidado.

¿Qué sé yo de eso en realidad? Me cruzo en el camino de muchas personas presurosas y cada una tiene su esfera; pero quién sabe si esas esferas, después de todo, son las mismas que las de las restantes gentes del mundo. Hemos superado la crisis económica, pero... ¿y la espiritual?

Trato de analizar, mientras mis ojos recorren distintos objetivos, que no nos faltan teatros, museos, exposiciones artísticas, diversiones vespertinas, asociaciones y clubs, política y deporte... Hay donde escoger y para todos los gustos, como en las librerías.

Se intensifica la penumbra del atardecer. Un operario de la compañía eléctrica pulsa un interruptor en algún lugar y se encienden las luces de las calles. Una parte del caudal transeúnte se dirige a las estaciones terminales de autobuses. Antes de subir al autobús, cada viajero compra un periódico de la edición vespertina; luego se sienta en el bus, pone una cartera negra sobre sus rodillas y ojea los titulares. El coche arranca con un pequeño vaivén, la nieve batida pesa sobre las ruedas. A los 10, 20 minutos, el viajero ya está en su casa; en una pequeña casa propia o en un edificio de pisos, alto y blanco edificado con elementos prefabricados. Con su olfato, trata de analizar los aromas que le llegan de la cocina; hace una caricia a su hijo o hija, cambia la americana por la chaqueta de punto, se pone las zapatillas y comenta con su mujer los acontecimientos del día. Revisa el correo: facturas, letras, propaganda.

Un autobús tras otro cumplen su recorrido hacia los barrios extremos, hacia el este y el oeste.

Entro en el bar de la planta baja del hotel Marski. Cada ciudad tiene necesariamente un local que está de moda; ahora el lugar de moda es este bar del Reloj.

El drink más popular es el vodka. El combinado preferido es el vodka con zumo de arándano rojo. Tanta es su popularidad que casi no se encuentra este zumo en los comercios.

Trato de recordar temas de conversación captados entre el rumor: Checoslovaquia... Nuestro Ministro de Asuntos Exteriores prepara una nueva visita a Moscú... Alguien se ha dado cuenta de su mala forma física y se ha afiliado al grupo, cada vez más numeroso, de los que frecuentan los gimnasios... Todo el mundo está contento, porque ahora se puede comprar cerveza en cualquier tienda y antes sólo en las del monopolio; la nueva ley está en vigor desde comienzos de año... ¿Qué trata de conseguir la juventud? ...El nuevo avión de Finnair, nada menos que un DC-8 recién estrenado, acaba de llegar a Helsinki... ¿Dónde piensas pasar las vacaciones de invierno? ...Tengo una resaca que no me aclaro... ¿Has tenido ya la gripe de Hong Kong?...

¿Para cuándo esperáis el nacimiento?... Para el verano alquilaremos una torre en España, ven con nosotros, hay muchas habitaciones... ¿Qué libros son los «obligatorios» para no meter la pata en una fiesta o entre gente entendida? La nueva sociedad de Galbraith, El mono desnudo de Morris, El desafío americano de Servan Screiber, Understanding Media de McLuhan, claro está...

Emprendo mi camino hacia casa, reviso en mi mente a todos los que he visto. Se pueden dividir en dos grupos: unos hablan del inicio de la prosperidad económica y otros de la proximidad de la primavera; ya falta poco.

Creo que debo simpatizar con ambos grupos.

Yendo hacia casa, el rótulo de una floristería me sugiere que compre flores. ¿Cuándo regaló Ud. por última vez una flor a su mujer?

Rechazo la pregunta o mejor dicho, la modifico; reemplazo la palabra «flor» por «vino» y compro una botella de vino tinto y la meto en el bolsillo interior. Así tendremos alegría los dos.

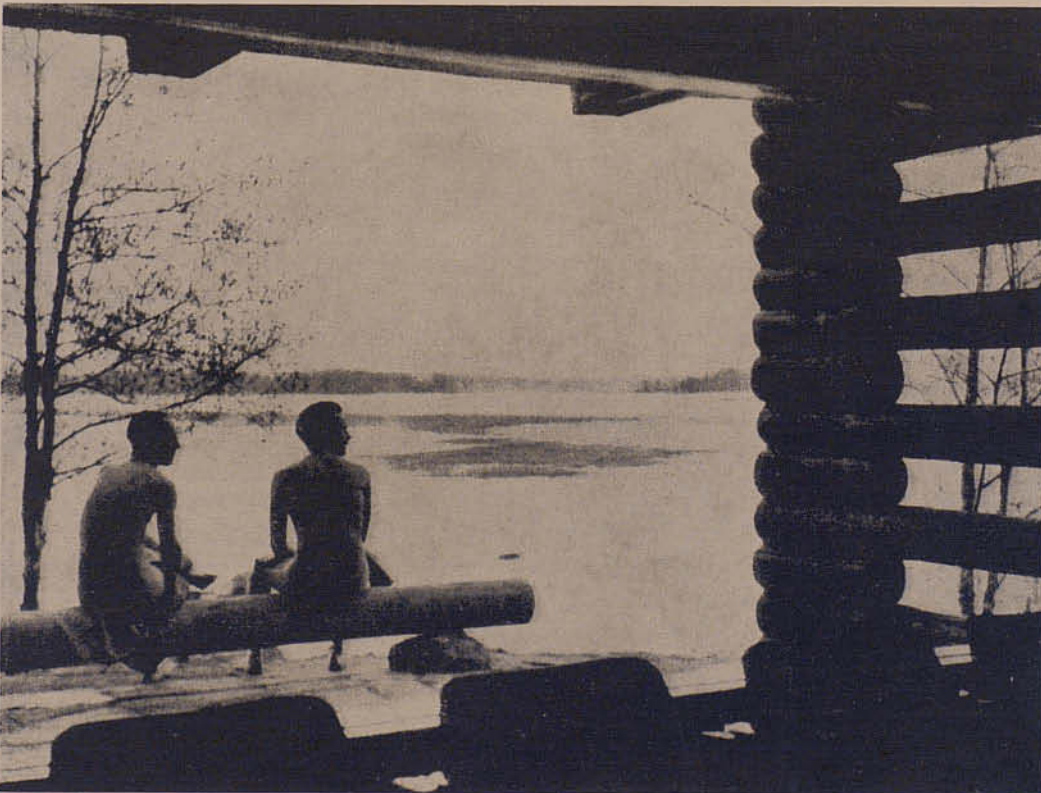
Por la noche veré la televisión y hojearé el montón de revistas. ¡Ojalá los niños todavía no hayan cogido el virus de Hong Kong!, pienso al subir a mi autobús.

Nieve + Niños.





Recogida de madera en el puerto de Kotka.



La sauna.



Rompehielos en acción.